

EL CHAT: ESPEJISMO DE LAS PACES Y LOS PECES

Por Federico OCAÑA GUZMÁN

V: Querido señor R., le suplico disculpe los malos modales que mostré antes, no había visto su enorme y cuadrada cabeza junto al escaparate de los embutidos y fiambres.

R: No tiene importancia, no crea que me asustó con sus disparos de misil tierra-aire. Además, estoy tremendamente impresionado por la fortaleza de mis sesos. Aunque salieron disparados, tuvieron el coraje de volver a situarse dentro de mi cerebro.

V: ¡Qué buenas noticias! Quizás deberíamos montar un número circense, con entrada gratuita al principio -después no-; imagínese: yo dispararía y usted y sus sesos darían espectáculo a la chusma que viniera a vernos.

R: No sé, no sé. ¿Está seguro de que daría resultado?

V: Amigo mío, si hay algo seguro en este mundo es la fortaleza de su vacío craneal.

R está escribiendo un mensaje

V: ¿Decía algo?

R: No, perdón. Me confundí; estaba escribiendo la lista para la compra de los niños.

V: Ah, sí. La compraventa de infantes está de moda en estos días. Podría darle un par de contactos... Lástima que no pueda ofrecerle más. ¿Sabe? Los demás están en la cárcel.

R: ¡Oh, omita los detalles!

V: Como mande su señoría. A propósito: me pregunto si estaría dispuesto a vender sus órganos a un gobierno corrupto e hipócrita que trafica con armas con países más pobres a cambio de uno o dos golpes de estado.

R: Explíquese.

V: Señor R, este mundo nuestro cambia a cada hora, o mejor, cada minuto. Nuestra seguridad es lo primero; después, nuestro estómago. En tercer lugar, nuestro aparato reproductor. El cuarto lugar yo lo entregaría a las neveras y armarios de cocina.

R: Por favor. Es suficiente; estoy decidido: acepto su oferta.

V: Hace usted bien. Tenga en cuenta que uno no encuentra tan fácilmente gobiernos corruptos que quieran órganos.

R: Supongo que no tiene mis datos; se los dejo a continuación:

[Siguiendo lo estipulado por la LOPD- Ley Orgánica de Protección de Datos, el autor ha eliminado toda la información que pudiera comprometer la intimidad de los personajes.]

V: Muchas gracias. Dentro de unos días le llamaremos para concretar todos los detalles.

R: ¿Serán ruidosos?

V: A veces dan problemas, pero esta vez creo que saldrá todo a la perfección. Con usted tengo una intuición.

R: Yo también tengo intuiciones. Sin embargo, ahora mismo estoy concentrándome para alejarlas de mí. Por su culpa tengo sarpullidos en los muslos y los codos.

V: Como le decía, los detalles no suelen ser muy ruidosos. Si, aún así, prefiere un modelo más complejo de contrato, con seguro médico...

R: ... ¿Qué cubre?

V: Amputación de la oreja derecha por congelación en clima superior a los cuarenta grados (Celsius); parto prematuro y mal comportamiento del feto durante la gestación.

R: He cambiado de opinión, no me interesa.

V: Claro que le interesa.

R: ¿Es una amenaza, o sólo trata de seducirme?

V: Encanto, si quisiera lo habría hecho al principio de la conversación.

R: Le amo. Su estilo arrollador, la elegancia con que dispara misiles tierra-aire, la secta económico-católica que ha fundado en una colonia de transexuales masoquistas... Estaba deseando decírselo desde el primer momento.

V: ¿Y bien? Sólo palabras: todavía no he visto ni un cheque.

R: Yo tenía otra opinión respecto de nuestra relación.

V: ¡Irónico! Primero le seduzco, luego usted declara abiertamente su locura, y después de toda esta tragicomedia barata sigue con el convencimiento de que hay algo más aparte del dinero.

R: ¡Tiene que haberlo! Si no, el mundo no tendría razón de ser.

V: Las cosas suceden por los motivos más extraños, hágase a la idea.

R: ¿Tiene un pañuelo?

V: No. De todas maneras, me sería física y metafísicamente imposible dársele ni en pintura.

V: Ya está; se ha enfadado.

R: Mentira. He tardado tres horas en responder porque tenía que ir a encender la luz, colgar a un condenado a muerte, apagar las velas, cerrar los ojos al gato, comprar dos tenedores para preparar un filete, limpiar los zapatos de una joven que vive en el séptimo piso, y auscultar a dos tuberculosos sordomudos con ganas de pelea.

V: El tiempo es increíble. Cuando sufrimos, cuando estamos más solos y perplejos, sin un apoyo donde reposar la cabeza, alienados en medio de una sociedad cruel y una realidad violenta, es entonces cuando decide pasar despacio, como si quisiera que buscáramos cualquier bote de pastillas y nos quitáramos la vida con él.

R: Mi mamá me enseñó a no tragar pastillas para suicidarme. Me dijo: "Ni se te ocurra. Si algún día te quitas la vida -y espero que así sea- utilizarás el mejor método, el que ya han utilizado tu padre, tu abuelo, y un vecino que era muy amigo de la familia."

V: ¿Cuál es?

R: Eso fue lo que le pregunté a mi madre. Entonces, ella me miró, sonrió al ver las manchas de yogur en mi camisa de los domingos, y me cortó las venas con las tijeras para zurdos que había encima de la mesa de mi habitación.

V: Así, visto desde fuera, me da la impresión de que su madre sobreactuaba. Por otra parte, debo confesarle que me he dormido cuatro veces durante su excitante relato: terror, humor, delirio, romance, aventuras, en fin, y un final trágico e inesperado.

R: Le odio.

V: Yo también, no se preocupe por eso. Tengo los billetes en la mano. Mañana nos casaremos. Todo será distinto.

R: Me da miedo.

V: ¿La boda?

R: Casarme con alguien que me ha disparado, a quien odio, y que ha sido catalogado por eminentes veterinarios como "ejemplar venenoso, sin prótesis dental". Comprendo que su infancia fuera difícil, llena de padres y madres, de golpes y golfas, de intérpretes y traductores...

V: Le prohíbo que vuelva a hablarme en ese tono. El pasado, pasado está.

R: Lo siento. Es que me resisto a creer que dos operaciones de cirugía estética -en los labios y los pómulos- hayan cambiado en algo su personalidad desviada y conflictiva, que tiende a manifestarse los amaneceres de otoño.

V: Te olvidas de la liposucción en los ojos, la depilación de nariz, y la donación de sangre que hice para la sala de animales disecados de aquel museo de ciencias naturales.

R: Perdona. Tenía un juicio erróneo sobre su carácter, en el fondo seguro que es usted dulce como un trucha engendrada de un calamar.

V: Usted nunca ha tenido juicio, señor R.

R: Sí, sí; incluso me acuerdo de que clasifiqué los tipos de juicio que tenía: sintético y analítico.

V: ¡Venga ya!

R: ¿Jugamos a la guerra? No quiero disputas entre compañeros de generación perdida.

V: ¿Qué?

R: Y recuerda que todavía me debe un disparo para acabar con el horror de hijo que nunca tendré.

V: ¡Ah, sí! Por supuesto. Sus deseos son órdenes para mí. ¿Dónde apunto esta vez el lanzacohetes?

R: Al esternocleidomastoideo -para algo tenía que servir esta palabra...

V: Ha sido un honor y un placer...

